

# Matrioska

LAURA GALIN

Llevada a escena por Darío Lapaz, director de Imaginateatro Paysandú, el grupo de Paysandú al que pertenece la autora, fue nominada al Premio Florencio a Mejor Espectáculo del Interior en Montevideo, Uruguay, y ganadora del Premio Terry a Mejor Puesta en escena en el IV Festival del Monólogo Latinoamericano y Premio Terry 2019, en Cienfuegos, Cuba.

Yo sé  
que la muerte no existe  
todavía no sé  
como  
decirlo  
a los muertos.

Vera Pavlova.

Ayer miré para adentro  
Para adentro del ayer  
En el ayer había una muñeca y adentro había una vez.  
Había una vez un niño y adentro  
Un hombre y adentro un padre  
Y adentro yo  
Yo por dentro soy Boris  
y soy Pelagia  
y desde adentro  
los dos me miran  
con ojos de barcos y de luchas y de trabajos

Muy adentro también hay un jinete  
El jinete agita un hacha y en su reflejo ríe  
Ríe ríe ríe  
La niña que nació de este cuento.

# 1.

Serguei era carpintero. De los virtuosos. Podía construir con sus manos los más increíbles muebles, juguetes, instrumentos...

Cada mañana Serguei salía al bosque para buscar ese trozo de madera tan especial para hacer su obra de arte.

Un día en que todo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve, Sergei volvía a su casa desesperanzado, cuando de repente, oculto en espesura de la nieve encontró un trozo de madera fantástico. Tardó varios días en decidir qué tallar y finalmente se decidió por una preciosa muñeca a la que llamó Matrioska.

Cada mañana Serguei se dirigía a Matrioska:

**SERGUEI.** *Khoroshiy den' Matrioska.*

Pero un buen día:

**MATRIOSKA.** *Khoroshiy den' Serguei.*

Desde aquel día, las mañanas de Serguei se llenaron de risas, de palabras y de compañía.

Con el tiempo, Serguei comenzó a notar un sentimiento de tristeza en Matrioska.

**MATRIOSKA.** Quiero ser madre. Quiero tener un hijo.

**SERGUEI.** Eso es imposible. Voy a tener que ahuecar tu interior y eso va a doler.

**MATRIOSKA.** Todo acto de amor trae consigo un sacrificio.

El carpintero ahuecó a Matrioska y talló una muñeca más pequeña a la que la llamó Trioska. Pero Trioska también sintió el instinto maternal. Y así Serguei fue tallando muñecas cada vez más pequeñas. A una le puso Oska, a la otra, Ka. Cuando comprobó que dentro de Ka solo quedaba un trozo de madera demasiado pequeño para ser ahuecado, pintó en él unos finísimos bigotes.

**SERGUEI.** Tú eres varón y de tu interior no podrá salir hijo alguno.

Cuentan que ese último muñeco es el que se le regala al hijo cuando abandona la casa. Regalar una Matrioska, es un signo de amor y amistad eternos.

## 2.

Érase que se era, érase una vez, había una vez un niño con los ojos más azules del mundo. Este niño vivió en quince casas, fue a nueve escuelas, tuvo cinco familias. ¿Cómo puede ser? Tal vez se pregunten.

De eso tratará esta historia. De cómo ese niño, huérfano de madre, abandonado por su padre, saltó de campo en rancho, de escuela en casa, de hacha en delantal, hasta encontrar un camino que lo llevó a reencontrarse con el amor de su padre.

Pero esta historia solo puedo contarla de la única manera que sé, y es como él me la contó.

## 3.

“18 de julio” y “Tangarupá” se llamaban los barcos que trajeron a los primeros rusos a las costas del litoral uruguayo. Eran trescientas familias que venían al mando de Basilio Lubkov, el profeta. Pertenecían a la secta “Nuevo Israel” y vinieron a fundar en América “El Nuevo Reino de Dios en la Tierra”. Estos rusos introdujeron el girasol, construyeron molinos harineros y la primera planta de producción de aceite de girasol del país. Ese fue el origen de San Javier.

Luego llegaron otros buscando un lugar que los ponga a resguardo de la guerra.

Los barcos llegaban al Puerto de Buenos Aires y los rusos quedaban hacinados en los barracones hasta que algún alma caritativa se apiadaba de ellos.

Pero yo no vine a hablarles de Basilio Lubkov ni de estos rusos.

Vine a hablarles de dos, que en el año 1924 llegaron a costas uruguayas.

## 4.

A bordo del buque Urania, llegaron Boris y Pelagia. El Tata Boris y la Abuela Pola. Traían en los huesos el frío de la vieja Ucrania. Llegaron al caluroso enero del Río de la Plata. Y allí salieron a buscar sustento. Boris como peón de estancia, Pola como cocinera. Boris en un frigorífico, Pola como costurera...

Más tarde se instalaron en la ciudad de Salto, donde nacieron sus tres hijos: Pedro, Lila y el benjamín, Bocha.

**POLA.** Desde que llegamos mi cuerpo no ha podido adaptarse al aire de estas tierras. Sufro de tristeza. Sufro de melancolía. Boris: quiero volver.

Pola siempre tuvo una salud muy frágil. Hacía largos ayunos para aliviar sus achaques. Una vez estuvo internada durante dos meses en la ciudad de Salto. Y Boris no tuvo más remedio que dejarla en el hospital y salir a buscar su sustento con sus tres gringuitos a cuestas. Cuando Pola mejoró lo suficiente para que él la fuera a buscar, se le presentó en el hospital. Con los tres gringuitos y un ramito de flores. Cuando los vio llegar, Pola se puso tan contenta que empezó a reír y reír y reír. Y junto con su risa se fue acelerando su corazón, hasta que estalló de alegría.

El pequeño Bocha abrió aún más sus enormes y azules ojos para ver el momento exacto en que el alma de Pola se desprendía de su cuerpo para ir a meterse dentro de la Matrioska que custodiaba su sueño desde la mesa de luz.

Y allí quedó el pobre Boris, con su ramito de flores y sus tres hijos, mientras Pola sonreía desde la Matrioska fuertemente apretada por las manos del gringuito más chico.

## 5.

Él me enseñó a contar: *odin, dva, tri, chetyre, pyat', shest', sem'*

Cuentan que era relojero, apicultor, fotógrafo, ebanista, guarda de trenes, carpintero, pescador y domador de leones. Un auténtico sieteoficios.

*Odin-* En la fría Rusia de principios del 1900, Boris se ganaba la vida como guarda de trenes en la compañía El Transiberiano. Con su silbato oxidado pasaba sus días entre estación y estación esperando la llegada del Domingo, único día en el que por fin se encontraba con su amor adolescente, Pola.

*Dva-* También fue fotógrafo. Con una vieja máquina Smena, fotografiaba a los pasajeros del tren. Fotografías que él mismo pintaba con lápices de color y que luego vendía de contrabando en los pasillos de los trenes.

*Tri-* Más tarde montó su propio negocio en la calle de los Héroes de la Centena Celestial. Allí comenzó a funcionar una pequeña relojería. Fue entonces cuando descubrió su extraña y fantástica habilidad para alargar las horas. Durante el solsticio de verano de 1908, centenares de rusos, enfermos, moribundos, desahuciados y amantes, se agolpaban en la puerta de la relojería esperando que Boris, el relojero alargara sus horas y no llegara nunca la noche.

*Chetyre-* También fue domador de leones. Con su látigo y su silla recorría los circos y no había fiera que se resistiera a sus encantos.

*Pyat'-* Sus finas manos dieron forma a los marcos de ébano para colocar los retratos de las tías olvidadas allá en la vieja Ucrania.

*Shest'-* Cuando el mar lo acercó a estas tierras americanas, supo hacerse amigo de las abejas y gracias a la dulce miel de sus colmenas, pudo construir un rancho a orillas del río.

*Sem'*- Donde no hubo pez que escapara de sus aparejos, sus carnadas y sus plomadas.

Y también fue esposo. Y padre. Y viudo. Viudo con tres hijos: dos varones y una nena. Una nena que, con tan solo siete años, heredó el trabajo de cocinera de Pola en una estancia vecina.

## 6.

Entonces, Boris supo que había que moverse. Dejó a Bocha a cargo de Pedro, que después de todo ya tenía once años, y salió. Por aquel entonces, se rumoreaba que el Gobierno estaba dando ayuda a los inmigrantes. Y allá partió Boris, junto con otros rusos, hacia la mismísima Capital para hablar con el mismísimo Presidente de la República. Llevaba colgadas al cuello su único par de alpargatas, para preservarlas y estar presentable para hablar con la autoridad. Y se fabricó unas alpargatas de paja para no quemarse los pies. Y así, derecho por la vía del tren, para no perderse, caminó los 995.353 durmientes de la vía que lo separaban de la capital. Vio lunas, vio sol, vio estrellas. Cazó, comió, pescó, y durmió. Hasta que por fin llegó. Y volvió con un solar en Arroyo Negro, un caballo, una vaca y un saco de semillas.

## 7.

Cuatro paredes de barro tenía el rancho de Arroyo Negro. Cuatro paredes con sus cuatro ventanas. Y alrededor, un gran patio de tierra lleno de hoyitos donde los gurises jugaban a las bolitas. Y unos huequitos más grandes hechos por los zancos que ellos improvisaban. Jugaban. Pedro y Bocha jugaban. Después de las tareas diarias, después de nadar en el arroyo, después del pan con queso, ellos jugaban. Es que el viejo se iba durante semanas enteras dejándolos solos en el rancho, con la única compañía de un rifle que tanto servía para cazar algún bicho para la cena, como para jugar a la guerra. Eran otros tiempos. Y nadie preguntaba. A nadie le importaba.

Una noche después del ritual del té con galleta, Pedro y Bocha se fueron a dormir. De pronto, rompiendo el silencio de la noche, comenzaron a escuchar el sonido de los cascos de un caballo acercándose al rancho.

**BOCHA.** Pedro, Pedro. Despertate y agarrá el rifle.

Pedro corrió a agarrar el rifle y Bocha a abrazar a su Matrioska, como hacía cada vez que el miedo le paralizaba las rodillas.

**BOCHA.** ¡Apagá el farol!

Tres vueltas al rancho dio el misterioso jinete.  
Tres vueltas completas. Y se fue.

Y juro que al emprender la retirada alcanzaron a ver un par de ojos rojos, brillando como dos lucecitas debajo del ala del sombrero. Y una cola en forma de flecha asomando por debajo del poncho.

Al otro día –porque siempre hay otro día en estos cuentos– los hoyitos habían sido borrados por los cascos del caballo. Y una vez más, nadie preguntó nada. Y a nadie le importó. Cuando el viejo volvió, una vez más supo que había que moverse. Otra vez *pahíéhali*. Otra vez... Nos vamos.

Esta vez, Boris había conseguido trabajo como casero en una estancia cercana. Y allá marcharon a conocer nuevos horizontes. Nuevos paisajes. Nuevos rumbos.

8.

Había nadado en el arroyo. Había trepado a los árboles. Había comido mandarinas al sol, había jugado a descular hormigas.

Pero también había cortado leña, la había puesto en un saco y la había llevado al rancho para que su hermano, apenas dos años mayor, preparara un guiso succulento en una de esas estufas de hierro que reinaba incandescente en un rincón de la precaria vivienda.

Esa noche el viejo estaba en el rancho. Ojos celestes, mirada dura, pocas palabras, acento duro.

**BORIS.** ¡A lavarse y a dormir que mañana se trabaja!

Se apagó el farol a mantilla. La única cobija para los tres comenzó a abrigar el sueño.

**BORIS.** ¡Bocha! ¿Y el hacha?

**BOCHA.** La olvidé en el monte.

**BORIS.** ¡A buscarla!

Las imágenes se precipitaron, una tras de otra: las mandarinas, las hormigas, los árboles, el monte, la leña, el cementerio. Un cementerio abandonado que debía atravesar para llegar al monte.

Salió del rancho con furia, con rabia, con miedo esquivando cada raíz, cada rama, cada cruz que asomaba entre los pastizales del cementerio. Contaba los pasos: *odin, dva, tri, chetyre...* Sabía exactamente el lugar donde había dejado el hacha.

Cuando se dio vuelta una mano fría, huesuda y de uñas largas, lo agarró de la camisa. De la única camisita que le quedaba. Y tiró y corrió tropezando con cuanto cosa se atravesaba a su paso.

**BOCHA.** Acá está, papá.

La luz del sol del día siguiente se burló de él cuando dejó ver como una banderita descolorida y ajada, un trocito de tela de la camisa enganchada en la rama de un árbol. En "*la mano huesuda*". Justo ahí donde había estado el hacha.

9.

Bocha tuvo tres túnicas, un traje corto, un traje largo, un delantal de bolsa y unos botines que adoraba, que se convirtieron en compañeros entrañables de mesa de luz de su querida Matrioska. Él iba de casa en casa, de escuela en escuela, de mesa en mesa. Y cada vez que su rubia cabecita comenzaba a echar raíces en un lado, ¡zas! Nos vamos. *Pahiéhalí*. Se terminó.

Otra vez lo regalaban y allá marchaba con su atadito de ropa a tratar de agradar a sus nuevos... ¿Amos? ¿Papás? ¿Tutores? ¿Dueños?

Es verdad que gracias a esos incansables periplos pudo desarrollar algunas habilidades: Cantó en el Coro Celestial del Colegio Nuestra Señora del Rosario y San Benito de Palermo, regó las rosas de Miguel Rovkin, robó naranjas en la frutería de Dragone con un método muy particular: las ahuecaba, les chupaba el jugo, luego las soplaba para inflarlas y las devolvía al cajón. Encoló los libros de la biblioteca de Tomás Pérez, fregó y lustró de rodillas los pisos de pinotea de la mansión del viejo Máscolo.

Una mañana de misa la señorita menor de la casa se había levantado más impertinente que nunca. En este cuento, él era la Cenicienta. Ella llegó de la calle con sus charoles inmaculados y muchas ganas de que le bajaran de un botinazo su arrogancia dominguera. Sin pensarlo dos veces, con la cara roja de rabia y los puños apretados, se sacó un botín, de los suyos, de los adorados, y con todo su ímpetu adolescente se lo dio de lleno en la frente. ¡Tomá!

No es difícil imaginar que allí terminó su estadía en esa casa.

El viejo lo vino a buscar. Y caminó con él de la mano las dos cuadras más felices y esperanzadas. Por fin con papá. Ahora sí juntos. Iban saludando a uno y a otro.

**HOMBRE.** Pero mirá qué lindo gringuito.

**BORIS.** ¿Te gusta? Te lo regalo.

Por dos cuadras fue hijo. Por dos cuadras tuvo papá, Matrioska y botines. Ahora su mano era tomada por la mano regordeta del benefactor de turno. Y los botines rumbeaban hacia un nuevo hogar.

## 10.

Y Bocha creció. Y vinieron los estudios de carpintería y ebanistería en la Universidad del Trabajo del Uruguay. Y vinieron las escapadas por el portón de la calle Florida para ir a los bailes de los “Galpones de Pena”.

En uno de esos bailes Bocha afinó su finísima puntería, clavó sus azules ojos en los ojos de la muchacha y cabeceó. Sin embargo, otra fue la que le salió al encuentro. Y por esos avatares del destino, Bocha conoció a Ñeca, mi mamá, con quien años más tarde formaría su familia.

Bocha creció. La camisita le quedó chica. Los botines le quedaron chicos. Paysandú le quedó chico. Y partió hacia Montevideo, la capital con todas las ansias de saber, de aprender.

Y vinieron casas de pensión, comedores estudiantiles, mates en la rambla, bailes en el primer piso del Palacio Salvo. Y la idea cada vez más firme de volver a juntar la familia.

Y del otro lado del mapa, en Paysandú, el paraíso incipiente de las industrias milagrosas. El vellocino de oro para quien lo supiera aprovechar.

Y como tantas veces lo supo el Viejo, Bocha supo que había que moverse.

Y se volvió junto a Pedro, a la prosperidad fabril de Paysandú. Y tuvieron trabajo y casa propia. Solo faltaba saber por dónde andaba el Viejo. Encontrarlo y traerlo a vivir con ellos.

## 11.

Érase que se era, érase una vez, había una vez un niño con los ojos más azules del mundo.

De eso trató esta historia. De cómo ese niño, huérfano de madre, abandonado por su padre, luchó con su destino hasta poder rencontrarse con el amor de su padre.

Esta historia solo pude contarla como él me la contó a mí.

## 12.

Epílogo.

Busqué.

En los cánticos proféticos  
en la memoria sombría  
en las fotos olvidadas  
en reiteradas palabras  
que me enseñaste algún día.

El recuerdo es:

un camino blando y curvo  
un mediodía  
Ojos húmedos, sonidos  
y el azul por melodía

Yo fui.

el papiro que recuerda  
la sangre, que es tuya y mía  
la voz que cantó elegías  
savia del árbol aquel  
que historias entretejía

Yo soy.

Arte moldeado, capas, estiba  
soy como el hierro candente  
a puro golpe y porfía  
en la fragua inevitable  
de la rueda de los días.

Vos fuiste.

Hijo de una sola madre  
Esposo de una sola mujer  
Padre de una sola hija  
Abuelo de una sola nieta.  
Que algún día, tal vez, siga contando estas historias.

